

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 14 ENERO 1960
NÚM. 613 AÑO XIII

"POST FESTUM, PESTUM"



Mi profesor de latín gustaba de esa frase. Así, nos recibía cada lunes y, especialmente, el primer día de clase, después de unas largas vacaciones. Las notas que nos merecíamos eran pésimas en tales circunstancias; notas que su benevolencia o su comprensión las transformaba en menudos aprobados.

No deja de ser curioso que, después de un descanso sufra el trabajo intelectual o corporal un notable descenso. Parece lógicamente que debería ser lo contrario. No obstante, por poco que ahondemos en la cuestión, nos damos cuenta que lo lógico es el descenso.

La vida es disciplina, y para toda disciplina cualquier vacación es pernicioso, haga referencia al cuerpo o al espíritu. Nuestros caminos en la Tierra no son redes de ferrocarriles ni de carreteras, salpicadas de estaciones de cruce o de término. Estamos constantemente en cruces de caminos y constantemente en ruta. No hay estación término en nuestras vidas, salvo la de la muerte; ninguna más.

Nadie puede decir, pongo por caso, yo soy un excelente atleta, soy un perfecto trabajador, un gran sabio o un santo. Cada meta es meta límite, no meta término. Nuestras metas son intangibles; siempre más allá de nosotros mismos. No somos nada, intentamos serlo. No podemos apearnos jamás del tren de nuestra vida, del velero de nuestros sueños, como ponemos el pie en Barcelona o Madrid,

después de unas horas de trayecto o cuando saltamos a puerto, después de un periplo. Vivir es ir constantemente de camino, hacia la meta deseada. Sólo esto; todo esto. Es ya mucho, porque ir es ya un acto de volición; el haber elegido.

Quiero ser un buen trabajador. Quiero ser un hombre culto. Ansio devenir un gran atleta. Deseo ser un hombre bueno.

Y cada propósito exige un continuado esfuerzo, sin desmayos. La noche se creó para reponer fuerzas; el domingo, para el descanso. Pero más allá de estos hitos naturales, cualquier vacación es peligrosa, como no esté especialmente indicada en casos de trastornos físicos o morales.

La palabra vacación viene de vagar, de no hacer nada. En las vacaciones dormimos nuestra tensión obligada; en ellas relajamos nuestros nervios, se ablandan nuestros músculos y dormita, en la falsa calma, nuestro pensamiento.

Si es dura la cuesta de enero económicamente, dura es también la escalada en el sentido de rendimiento eficaz de cualquier trabajo y en el orden moral.

En las vacaciones olvidamos casi que la vida es una disciplina, que nos exige un continuado esfuerzo y que cada día y que cada hora merecen ser salvados y que deben ser ganados. Hemos de vencer la inercia que creó nuestro vagar y recomenzar la escalada.

Si durante las vacaciones no tuvimos presente un seguir o un después, quizás nuestras lámparas hayan consumido su aceite como aquellas de las vírgenes necias del Evangelio o tal vez estén solamente a punto de consumirse.

En uno u otro caso, atención! La ve-

Sintoniz

Una jubilación

En la ciudad ha habido una jubilación más a añadir. Después de cumplir con el deber, durante once años, ha llegado el momento del descanso bien merecido. Y este jubilado ¿para que empresa prestaba sus servicios? Pues, él estaba al servicio de toda la ciudad. Y sin llevar un registro escrito de nuestra demografía, cada día escribía al aire cualquier cambio que de esta índole se efectuaba entre nosotros. Sus utensilios de trabajo han sido unas campanas y el lugar de trabajo no es preciso mencionarlo para que no deje de adivinarse

Si El ha estado al servicio de toda la ciudad, y quizá por esta circunstancia su trabajo no podía ser reglamentado como cualquier otro. Y quizá, también, porque su labor pertenecía más a lo espiritual que a lo terreno. Si era la Vida quien llamaba para sus servicios, el mensaje que nuestro jubilado lanzaba al aire era un repiqueteo incesante, interminable. Era la joya colectiva elevándose al infinito. Si era la Muerte la que se presentaba, entonces nuestro jubilado tañía las campanas en un adiós para siempre en nombre de la ciudad.

Desde el Angelus al toque de oración él siempre ha estado cada día al pie de las campanas. Ora aguardando la alegría, ora recibiendo la tristeza. Llamando e invitando a la misa. Anunciando actos religiosos.

Ahora ha llegado la jubilación. La hora del descanso. A escuchar el mensaje de las campanas sentado quizá plácidamente en algún sitio del Paseo, o desde algún lugar de nuestros alrededores en un paseo tranquilo de la tarde. A escuchar el mensaje, después de haberlo pregonado durante once años.

En la ciudad ha habido una jubilación más a añadir. Una jubilación que pertenece al servicio de la ciudad.

la ha de proseguir. Nuestro tren sigue en marcha. Sobre las olas no se borró la ruta blanca de nuestro crucero.

L. d'A.